

III

Ya hacia la mañana, Daniel subió á su habitación.

Aquel mozo de diez y ocho años tenía un corazón de niño. Las especiales circunstancias en que se encontraba, habían exaltado sus facultades afectivas; hacía ridículo á fuerza de juventud, de abnegación y de cariño.

Ya se habrá comprendido que era el huérfano de que hablaba el «Sémaphore». Blanca de Rionne, la joven protectora desconocida, le mandó educar, y cuando hubo crecido lo suficiente, lo puso en el Liceo de Marsella. Por lo demás, no se presentó á él sino en contadas ocasiones, no quiso que la conociese sino apenas, para que no tuviese, por decirlo así, que dar gracias sino á la Providencia. Cuando se casó, no habló siquiera al señor de Rionne de su hijo adoptivo. Era aquélla una de las secretas buenas obras que ocultaba.

En el Liceo, los encogidos ademanes de Daniel, su timidez de huérfano, le atrajeron las cuchufletas de sus camaradas. Heríale en lo más vivo su papel de paria. Sus movimientos resultaron aún más desgarbados. Permaneció, pues, apartado y solitario, y así fué que su alma conservó sus inocencias. Pudo sustraerse á esas primeras lecciones del vicio que los hombrecillos de quince años se comunican entre sí; ignorábalo todo, no sabía una palabra de lo que era la vida.

En aquella soledad que su torpeza le creaba, había concebido un ardiente amor por el trabajo. Su inteligencia viva y apasionada, que habría de haber hecho de él un poeta, le impulsó, por aparente contradicción, al estudio de las ciencias; y era porque se ocultaba en su sér un inmenso deseo de verdad.

Saboreaba inmensas alegrías al vivir en el mundo exacto de los números, en buscar lo verdadero, paso á paso y con seguridad, en descansar en una solución definitiva y completa. Aquello era poesía á su manera.

Concentróse en sí mismo. Su carácter y las circunstancias le condujeron á una vida contemplativa. Hallábase á su sabor en medio de la ciencia, pues allí no encontraba á los hombres, ni á sus condiscípulos, que se burlaban de sus cabellos amarillos. Toda humana sociedad le asustaba, prefería vivir en esfera más elevada, en la especulación pura, en la

verdad absoluta. Allí poetizaba á su sabor, no se veía ya embarazado con su desmañada persona. Esos sabios, esos niños viejos, de tímidos ademanes, con quienes se tropieza en las calles, son en ocasiones grandes poetas.

Ridiculado por sus compañeros, viviendo en incesante tensión de espíritu, Daniel relegó sus cariños á lo más profundo de su sér. A nadie tenía que amar en este mundo sino á aquella madre desconocida, que por él velaba, y la amaba con todo el ardor de las pasiones únicas. Al lado del matemático poeta, había en él un amante apasionado, un corazón tanto más dispuesto á darse, cuanto que á él se le repelía.

Daniel, pues, había crecido en la adoración de la buena hada que le hacía tan dulce la existencia. El misterio en que se mantenía, hacía ella todavía más santa. Conocía su rostro por haberlo entrevisto dos ó tres veces y hablaba de él como de cosa maravillosa y sagrada.

Un día, cuando acababa de dejar el Liceo, díjosele que la señora de Rionne lo mandaba llamar á París, para tenerlo á su lado. A punto estuvo de perder la cabeza; iba á poderla contemplar, á darle gracias, á amarla sin sujeción alguna. El extravagante ensueño de su juventud se realizaba: la buena hada, la santa, la Providencia le admitía en

el cielo en que ella vivía. Empezó el camino á toda prisa.

Llegó y encontró á la señora de Rionne postrada en su lecho, moribunda. Durante ocho días, bajaba todas las noches de la habitación que ocupaba en el hotel, é iba á mirarla de lejos y á llorar. Así esperó el terrible desenlace, transido de dolor, sin comprender cómo suceder podía que las santas fuesen mortales.

Después, pudo por fin arrodillarse y jurar á la moribunda que su voluntad sería cumplida.

Pasó la noche junto al cadáver, en compañía del sacerdote y de una enfermera. El señor de Rionne había permanecido arrodillado durante una hora; después se retiró con toda discreción.

Mientras el sacerdote oraba y la enfermera dormitaba en un sillón, Daniel se había quedado pensativo, enjutos los ojos y sin poder ya llorar. Hallábase abrumado y sentía como un gran peso en la cabeza; era el suyo un estado dulce, sin amargura, comparable á ese ligero amodorramiento que precede al sueño. No veía con claridad los objetos, el pensamiento huía de él á cada instante. Durante cerca de diez horas, una idea sola le llenaba por tal modo el cerebro; decíase que Blanca había muerto, y que, en adelante la niña Juana sería la santa á quien amaría y á quien se consagraría por completo.

30868

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MÉXICO

Mas, sin que de ello se diese cuenta, durante aquella fúnebre y larga noche, su valor se agigantaba y convertíase en hombre. La terrible escena á que acababa de asistir, la desesperación que con tanta intensidad le había agitado, toda aquella fuerte educación del sufrimiento, mataban en él al niño medroso. En su postración, sentía por modo vago aquel trabajo del dolor, abandonábase á la fuerza que le transformaba, madurándole en breves horas el corazón y la inteligencia.

Por la mañana, cuando volvió á su habitación, parecía un hombre ebrio que no conoce su vivienda.

Aquella habitación angosta y prolongada, situada bajo la techumbre, tenía una ventana abuhardillada que daba al aire libre. Desde allí se distinguía, á más de una inmensa extensión de verdura, las cimas de los árboles de la Esplanada; y más lejos aún, á la izquierda, veíanse las alturas de Passy. La ventana había permanecido abierta y una clara luz inundaba la habitación. Casi hacía frío.

Daniel se sentó al borde de la cama. Caíase de cansancio y ni siquiera pensó en acostarse. Así permaneció largo rato, mirando absorto los muebles, preguntándose á veces qué era lo que hacía allí, y, bruscamente, acordándose de todo. A veces poníase á escuchar y se admiraba de no oír sus sollozos.

Púsose á la ventana y el aire le produjo bienestar.

No subía ruido alguno del hotel. Allá abajo, en el pequeño jardín, veíanse personas que iban y venían presurosas en medio del mayor silencio. En el bulevar los carruajes se movían en todas direcciones, como si la noche nada doloroso hubiese traído consigo. París se despertaba lentamente, y un pálido sol blanqueaba las altas hojas de los árboles.

Aquella alegría del cielo, aquella indiferencia de la vida, entristecieron profundamente á Daniel. Todavía pudo llorar. Aquella fué una crisis saludable que le despejó la cabeza. Permaneció en la ventana, al aire fresco, procurando reflexionar en lo que tenía que hacer.

Luego comprendió que no daría con nada razonable y quiso ocuparse en algo mecánico. Cambió de sitio diferentes objetos, registró un baúl y sacó algunas cosas que en seguida volvió á guardar. De este modo su cabeza le hacía menos padecer.

Cuando llegó la noche se llenó de sorpresa. Habría jurado que el alba apuntaba apenas. Había permanecido encerrado, viviendo con una idea única, y aquel largo día de sufrimiento hábale parecido corto á más no poder.

Salió, trató de comer y luego quiso ver por la vez postrera á la señora de Rionne. No pudo entrar en la cámara mortuoria. Entonces se volvió á su cuarto y se durmió con pesado sueño, que le tuvo

como anodado hasta al día siguiente, muy entrado el día.

Cuando se despertó llegó á sus oídos un apagado murmullo de voces. Era el cortejo fúnebre, que se disponía á partir. Vistióse de prisa y corriendo y bajó.

En la escalera encontró el ataúd, que cuatro hombres llevaban con dificultad; á cada choque dejaba oír un sonido sordo y plañidero.

A la salida prodújose algún desorden en el bulevar. La asistencia era numerosa y el cortejo no se organizó sino con harta lentitud.

El señor de Rionne se puso á la cabeza, acompañado de su hermano político. Su hermana, mujer joven que dirigía interesantes miradas á la multitud, subió á un coche.

Inmediatamente en pos del señor de Rionne, seguían los concurrentes del hotel y la servidumbre. Daniel se colocó en medio de ésta.

El resto de los asistentes seguía después por grupos, en hilera irregular.

Llegóse así á Santa-Clotilde, esa iglesia mundana rodeada de flores y de verdura. La nave se llenó y los cánticos empezaron.

Daniel se arrodilló en un rincón, junto á una capilla. Entonces se hallaba tranquilo y pudo rezar; mas no supo acompañar en sus oraciones á los sacerdotes; los labios permanecieron mudos, y su ple-

garia fué tan sólo un arranque continuo y apasionado del corazón.

Hubo un momento en que le dió vueltas la cabeza y tuvo que salir. Los olores de la cera, aquellas colgaduras negras, con recortadas cruces blancas, aquellas lamentaciones de los chantres, pesaban sobre él y le sofocaban. Ya fuera, se paseó lentamente en las enarenadas avenidas del jardinito que rodea la iglesia. Deteníase á cada momento para mirar los macizos de verdura. Su corazón proseguía la ardiente plegaria.

Cuando el cortejo volvió á emprender la marcha, fué otra vez á situarse entre la servidumbre. El duelo llegó á los bulevares y se dirigió hacia el cementerio del Monte-Parnaso.

La mañana era suave, el naciente sol reverdecía las primeras hojas de los grandes olmos. El aire puro y fresco comunicaba una claridad especial á los horizontes. Habríase creído que las lluvias habían lavado cuidadosamente la tierra y que irradiaba á la sazón de frescura y de limpieza.

Las personas que seguían el cadáver de la señora de Rionne, en aquella alegre mañana, habíanse olvidado, en su mayor parte, de que asistían á un entierro. Veíanse rostros sonrientes; habríaseles tenido por paseantes que iban despacito tomando el sol y que gozaban de los encantos de la primavera.

El séquito adelantaba con lentitud, por grupos

más irregulares y oíanse los sonidos desiguales de los pasos y el creciente murmullo de las conversaciones. Todos y cada uno hablaban con su vecino de sus asuntillos, todos se animaban poco á poco, respirando á su sabor, felices.

Daniel, mirando al suelo, con la cabeza descubierta y entregado á mudo dolor, pensaba en aquella madre que acababa de perder; evocaba los recuerdos de su juventud y hacía memoria de los detalles más insignificantes de la noche del fallecimiento; era aquello un desvarío de la mente, triste y profundo en que se perdía su corazón.

Y sus oídos, á pesar suyo, oían lo que decían los criados. Las palabras llegaban á su espíritu, claras y precisas. No quería escuchar y ni siquiera una palabra se le escapaba, mientras que su pobre alma se desangraba, mientras que se entregaba por completo á la desesperación del adiós postrero, hallábase, por decirlo así, tomando parte en las cínicas conversaciones de los ayudas de cámara y de los cocheros.

Tras de él iban dos sirvientes que discurrían con animación. Uno de ellos estaba de parte del señor, y el otro de la señora.

—¡Bah!—decía el último,—la pobre señora ha hecho bien en morirse. Debe de sentirse feliz en su ataúd. El señor hacía la pasar una vida cruel.

—¿Qué sabes tú?—contestaba el primero.—Siem-

pre sonreía. Su marido no le pegaba. Era orgullosa y tomaba actitudes de víctima para hacer sufrir á los demás.

—Yo sé lo que sé. La he visto llorar, y era un gran dolor. Su marido no le pegaba, es muy cierto, pero andaba con queridas, y, mira es casi seguro que ha muerto porque él ya no la quería.

—Si él se iba de casa era porque ella le aburría. La señora no era por cierto muy divertida. Yo no podría vivir con una mujer así, tan pequeña y tan seria, que parecía así de alta. Apuesto á que fué ella quien hizo correr la voz de que el señor tenía queridas... Por ventura, ¿las has visto tú esas queridas?

—Una tengo vista. Le entregué una carta. Es una quisquillosilla rubia, del todo arrugada, por la que no habría dado dos sueldos; tan flacucha era. Se me echó á reír en las narices y me dió golpecitos en la espalda, tuteándose, y esto me hizo comprender qué clase de moza era aquella. Y después, por toda contestación, me dijo: «No olvides recomendar á tu amo que no vuelva á enviarme una cara tan de estúpido como la tuya.»

El otro doméstico se puso á reír á más y mejor. Sin duda encontraba á la avinagrada rubia la mar de divertida.

—¿Y qué? sea como sea, ¿en dónde está el mal?—repuso,—de hombres ricos es tener queridas.

En casa de los últimos amos que tuve, como el marido salía más de la cuenta, la mujer se las compuso con un amante, y toda la casa vivía contenta. ¿Por qué la señora, en vez de morirse, no hizo otro tanto?

—Eso no es del agrado de todo el mundo.

—Por mi parte, yo no habría podido querer á la señora.

—Pues yo creo que sí la hubiera querido. Era muy dulce y tenía un rostro que me resultaba. Algo más linda era que la rubia del señor.

Daniel no pudo oír más. Volvióse bruscamente, y su irritado semblante debió de asustar á los criados, quienes se pusieron á hablar de otra cosa.

Pero el joven había reparado junto á él, el rostro frío de Luis, el ayuda de cámara. El era el único que mantenía una actitud decente. Había sin duda oído la conversación de ambos criados, y había permanecido digno, con los labios ligeramente plegados con su risa misteriosa.

Daniel volvió á sus tristes pensamientos. Pensaba entonces en los ocultos sufrimientos de que la señora de Rionne le había hablado, y empezaba á comprender aquellas penalidades. Las palabras que acababa de oír le explicaban lo que su inocencia de niño le había presentado obscuro. Bajaba la cabeza, ruborizándose de aquellas infamias, como si fuese él quien las hubiese cometido. Decíase que

la muerta debía de indignarse en su ataúd.

Lo que le traspasaba el corazón, era la ultrajante libertad de palabra de aquellos hombres. Apenas el cuerpo se había enfriado, se la llevaba á la tierra, y ya había personas que parecían complacerse en cubrirla de oprobio. Nada resultó tan cruel para él como el recibir su primera lección de vicio en el entierro de su venerada santa.

Mientras pensaba en aquellas cosas, el cortejo fúnebre entraba en el cementerio.

La familia de Rionne tenía un sepulcro de mármol que simulaba una capilla gótica. Encontrábase situado en un lugar en que los panteones casi se tocaban, no dejando entre ellos más que angostas sendas.

La asistencia se hallaba lejos de ser tan numerosa como en la iglesia. Los que habían tenido valor de llegar hasta allí, formaron círculo entre las tumbas.

El señor de Rionne se acercó y los sacerdotes recitaron las últimas oraciones. Después bajaron el cuerpo al fondo del panteón. El triste marido había prorrumpido en sollozos, á la vista de la capillita gótica. Siendo todavía muy niño, había conducido allí á su padre y á su madre, y había quedado siendo para él objeto de espanto, en que pensaba en sus horas siniestras. Sabía que allí había de ser

en donde su cuerpo vendría á podrirse, pensamiento que le hacía la vida pavorosa.

Cuando se vió en el coche, lanzó un suspiro de alivio. Aquella fúnebre ceremonia quedaba por último terminada é iba al fin á poder olvidar. Tales pensamientos no se confiesan, mas no háy duda que se hallan en el fondo de los corazones cobardes.

Los asistentes se habían retirado, y Daniel se mantenía todavía en pie delante de la tumba. Quería ser el último en quedarse allí, para hallarse solo con la amada muerta y despedirse de ella, sin que la multitud se interpusiera entre ambos. Permaneció por gran espacio mudo, hablando en su interior con el alma del ángel remontado al cielo.

Luego salió del cementerio y volvió al hotel.

Creyó notar que el portero le miraba por modo singular. Habríase creído que titubeaba en dejarle entrar, y que se disponía á preguntarle su nombre, como si se hubiese tratado de un desconocido.

En el jardinillo, situado entre la verja y el hotel, los criados, vestidos aún con trajes negros, hablaban entre sí, reunidos delante de las caballerizas. Un palafrenero que no había asistido al entierro, lavaba un coche con una gruesa esponja.

Daniel, quien, por timidez, evitaba pasar por la gran avenida enarenada, dió un rodeo y se adelantó hacia el grupo que formaban los criados. Al verle, la conversación se interrumpió bruscamente y vió

que todas las miradas se volvían hacia él. En aquellos vulgares rostros leíanse malignas sonrisas; hacían burla y chacota, señalando al pobre muchacho, quien fué poniéndose como la grana, sin darse cuenta de por qué.

A medida que se iba acercando, adivinó en el grupo manifiesta hostilidad. Los dos hombres, á quienes sus miradas irritadas habían impuesto silencio, durante el entierro, hallábanse allí, en medio de sus camaradas, hablando á media voz y excitándose unos á otros. Al repentino silencio que se había producido, sucediéronse palabras pronunciadas en alta voz y en tono agresivo.

Daniel, rojo de vergüenza, estuvo en si se volvería ó no atrás; mas, acudiéndole á la mente la memoria de la señora de Rionne, se dirigió con resolución hacia adelante.

Al pasar oyó risas irónicas, y ciertas frases crueles fueron á azotarle el rostro. Todos soltaban sus puyas.

—Mirad qué paje tan hermoso estaba al servicio de la señora.

—¡Y ahí donde le veis ha recibido educación! Y mientras que nosotros trabajamos como negros, ese don nadie vive sin hacer maldita la cosa.

—¡Oh! por poco tenemos que servir á ese señor, pero todo se va á acabar.

—¡A la calle el muy mendigo!

Y como en esto Daniel se encontrase ante el hombre que lavaba el coche:

—¡Eh! camarada,—le gritó,—ven á prestarme un poco de ayuda.

Todos prorrumpieron en carcajadas.

Daniel había pasado estremecido. Aquellos hombres le recordaban á sus compañeros de colegio, que le insultaban. Sentíase abandonado como en otro tiempo, y tenía prisa en refugiarse en su soledad. Su delicada sensibilidad veíase herida por las groseras palabras de aquellos desgraciados, quienes, contando con la impunidad, satisfacían sus bajos rencores.

Después la indignación se apoderó de él y volvió atrás para mirar á los insolentes cara á cara. Estos temieron haber llegado demasiado lejos, se callaron, un tanto cohibidos, dispuestos á arrastrarse á haber sido preciso.

Por tal modo los mantuvo silenciosos, con sus miradas rectas y fijas. Acto seguido continuó su marcha, y sintiéndose casi desfallecer, tras de aquel minuto de energía, subió lentamente la escalera.

En el segundo piso encontró al señor de Rionne, que bajaba. Acercóse á la pared. El dueño de la casa, que apenas le conocía, le miró preguntándose qué venía á hacer á su casa aquel extraño muchacho.

Daniel no se engañó sobre el alcance de aquella

mirada. Comprendió la interrogación muda, y, si no llegó á hablar, fué porque la lengua se le había pegado al paladar, y porque, por otra parte, no encontró nada que decir.

El señor de Rionne, que por su parte aparecía también muy turbado, no se detuvo, y Daniel se apresuró á subir á su habitación.

Una vez allí, se dijo una verdad desconsoladora; que no le era posible permanecer en el hotel.

Como no hubiese pensado en ello, la idea de la partida le fué muy dolorosa. Sonrióse tristemente al considerar que, en efecto, era bastante cándido. Su querida madre no existía ya, por fuerza habrían de plantarlo en la calle, si él no se determinaba á salir de buen grado. Allá abajo, en el jardín, continuaban las risas de los criados, y un sudor frío le humedecía las sienes.

Tomó la resolución de marcharse sin pérdida de momento.

Sumido en sus pensamientos, habíase sentado. No pensaba en él, no se preguntaba en dónde dormiría á la noche, ni lo que haría al día siguiente. Poco le importaba aquéllo, pues contaba con la valerosa indiferencia de la juventud. Sin conocer lo que es vida, proponíase ir adelante y siempre en línea recta.

Pero pensaba en Juana, y preguntábase con amargura de qué sostén podría servirle así que hubiese

dejado el hotel. La necesidad le echaba de aquella casa, mientras que la voluntad de la muerta parecía retenerle allí, en medio de la injuria y de la bajeza. Luego comprendió que esto no podía ser; al señora de Rionne le había ordenado que marchase alta la frente, siempre digno; ella era quien le mandaba partir.

Ante todo había de irse, y él vería en seguida de buscar los medios de poder cumplir su mandato.

Entonces se levantó. Su baúl se hallaba abierto, dejando ver los vestidos y ropa blanca que aun no había tenido tiempo de colocar en los armarios. La mesa estaba atestada de libros y de papeles; y, en un extremo de la chimenea veíase un bolsillo conteniendo algún dinero.

Nada quitó de su sitio, nada tomó. Las palabras de los criados llenábanle aún los oídos; todos aquellos objetos parecían no ser de su propiedad. Habría cometido un robo llevándose la menor cosa.

Salió con toda tranquilidad, sin llevarse más que la ropa que tenía puesta. La llave la dejó en la cerradura.

Al atravesar el jardín, echó de ver á Juanita, que jugaba en la arena, y no pudo resistir al deseo de darle un beso antes de alejarse.

La niña tuvo miedo y retrocedió.

Entonces le preguntó si le conocía. La niña no contestó y se quedó mirándole. Aquel rostro ex-

traño que le sonreía la admiraba en gran manera, y trataba sin duda de recordarlo. Después, como le produjese cierta inquietud, hizo ademán como para levantarse y para escapar á toda prisa.

Daniel la contuvo con toda dulzura.

—Ya que usted no me conoce,—le dijo,—míreme usted bien. Sepa usted que yo la quiero mucho, y que usted me hará muy feliz si por su parte me quiere usted un poco. Deseo ser su amigo.

Juana no entendió gran cosa aquel serio lenguaje, pero tan cariñoso acento la había tranquilizado, en tal medida que se echó á reír.

—Será preciso ahora que me conozca usted siempre,—prosiguió Daniel riendo también.—Ahora me voy, pero volveré y le contaré á usted mil cosas bonitas, si es usted juiciosa... ¿Quiere usted abrazarme como abrazaba á su mamá?

Y se inclinó; mas la pequeñuela, al oír hablar de su madre, se echó á llorar. Rechazó á Daniel con cólera infantil, y llamó: ¡Mamá! ¡mamá! con toda la fuerza de sus sollozos.

El pobre muchacho se quedó sobrecogido; y como una criada saliese de la casa, se alejó, desconsolado al dejar por tal modo á una niña, á cuya felicidad iba á consagrar su vida entera.

Encontróse en la calle, desprovisto de todo y teniendo que cumplir una ruda tarea. Su ternura y su abnegación eran tan sólo las que le sostenían.

Era las cuatro de la tarde.